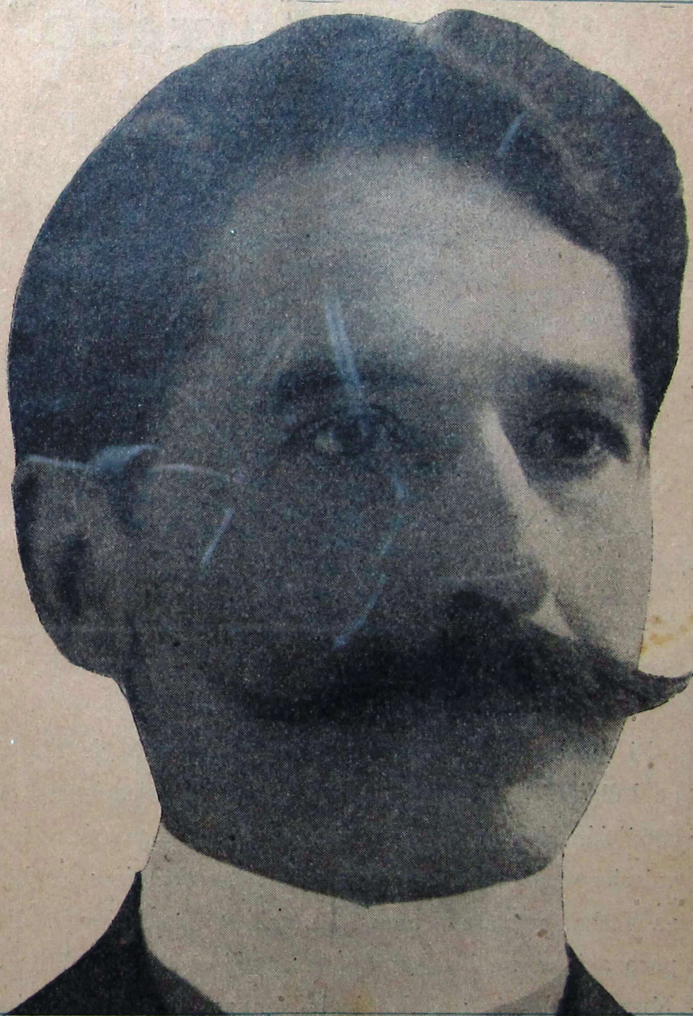


LA NOVELA SEMANAL



BOBÓ

Por Miguel R. Roquendo.

PRECIO: 10 Centavos

Opinión de una eminencia médica sobre el "Hierro Nuxado"



Dr. en Medicina

El doctor James, que perteneció al servicio de Higiene Pública de Estados Unidos, dice: "Los pacientes en condición debilitada y enervada, por ejemplo, los convalecientes de fiebres prolongadas, los anémicos de larga fecha, necesitan todos, en mi opinión, hierro. De poco acá se me ha llamado la atención hacia el Hierro Nuxado. En la práctica lo hallé magnífico restaurativo y agente ideal para reponer las fuerzas en los casos que dejo mencionados.

LA NOVELA SEMANAL

Administración: FLORIDA 248 - Buenos Aires

UNICO CONCESIONARIO PARA LA VENTA EN LA CAPITAL FEDERAL
LUIS B. GALVAN

Agente en Montevideo: C. CHECHI, Florida 1408

Agente en Rosario: CELEDONIO BOHAVE, San Lorenzo, 1280

Agente en La Plata: AGENCIA CARBONELL, calle 48, No. 633

Agencia en Mar del Plata: Diario "La Capital", San Martín 2451

Agencia en Córdoba, Alta Gracia y Río 4.º, NICOLAS GULFO

APARECE TODOS LOS LUNES CON UNA OBRA COMPLETA E INTERESANTE DE LOS MEJORES ESCRITORES ARGENTINOS

PUBLICADAS

1. Una hora millonario, de E. García Velloso.
2. La huelga, de Hugo Wast (G. Martínez Zuviria). (Agotada) en Reedición
3. Artemis, de Enrique Larreta.
4. Una madre, en Francia, de Belisario Roldán. (Agotada) en Reedición
5. Luna de Miel, de Manuel Gálvez.
6. La Psiquina, de Ricardo Rojas.
7. Werther y Don Juan, de José Ingenieros.
8. El Cofre de Ebano, de Alejandro Sux.
9. Un peón, de Horacio Quiroga.
10. El Instinto, de Pedro Sondereguer — (Edición Agotada). en Reedición
11. La Evasión, de Benito Lynch
12. La Ciudad del Amor y la Muerte, de Julián de Ocharras.
13. El Babú de Naranyana, de Carlos Muzzio Sáenz Peña.
14. Expiación, de J. L. Fernández de la Puente.
15. Un casamiento en el gran mundo, de Elsa Norton.
16. Plutón, de Julio Navarro Monzó

EL LUNES PRÓXIMO SE PUBLICARA

LA ESFINGE de Julio del Romero Leyva.

celebrado novelista autor de: "Ceuta", "Zulema", "Otra Raza", "En mi reducido" ediciones agotadas y otras obras.

SUCESIVAMENTE

19. "En la Senda", de Oscar Tarloy.

(Antonio Juliá Toirá)

Primer premio del concurso de cuentos, efectuado por "La Prensa", en el año 1916. Autor de: "Al Margen de lo Humano" y "Príncipe Azul".

LA POLILLA

que trabaja en su ropero desaparecerá usando

"Novaina"

que conserva maravillosamente las pieles y ropas con resultados garantizados; comunicándoles un aroma muy agradable.

En venta en todas las buenas Farmacias
Tiendas y Bazares.

Precio de la caja con 6 estuches es de \$ 2.—

En toda la República

Depositario: **PELETERIA F. RELLER**

MAIPÚ 440 - U. T. 2212 - Avda.

CON MOTIVO de
nuestro próximo BALANCE
LIQUIDAMOS un gran STOCK de
SALDOS y que venderemos a
CUALQUIER PRECIO.

SALDOS en todos los
Departamentos. Calzados pa-
ra Hombres, Señoras y Niños.

VISITE VD. nuestro esta-
blecimiento y Seguramente
hará Vd. buen negocio.

Especialidad en calzados
sobre medida.

Taller especial para la
confección de calzados orto-
pédicos.

La casa no tie-
ne sucursales.



Bota de becerro color, impermea-
ble, combada tipo militar. \$ 65

Casa Rosette
de LORENZO ESCAYOLA

Corrientes y Maipú

MIGUEL SANS — ARMANDO DEL CASTILLO

El Número Especial del 1.º Abril**Al público:**

Durante los días 1, 2 y 3 de Abril se pondrá a la venta, correlativamente, una novela inédita titulada **“LA VOLUPTUOSIDAD DEL PODER”**, que por su extensión tenemos que subdividirla en 3 partes.

Esta nueva producción de **PEDRO SONDEREGUER** autor de **“EL INSTINTO”**, por constituir una novela del actual ambiente social y político, por la belleza de su estilo y por la intriga y emoción de su contenido será leída con vivo interés.

LA DIRECCION.

BOBÓ

NOVELA INÉDITA ORIGINAL DE**MIGUEL R. ROQUENDO**

Mi amigo Alberto N., era un conversador delicioso. En sus veinte años de vida periodística había acumulado tal bagaje de curiosidades, que su cabeza era a modo de desván todo repleto de desechos de la más variada procedencia. La historia trágica, la anécdota picante, el suceso público que para el vulgo no tiene significación; lo verde, lo rojo, lo de todos los colores de la paleta, llenaba, saconchaba la mollera de aquel mozo cuarentón de barbas negras, incultas y espinosas como un monte, que vivía por el goce de vivir, siempre sereno y sonriente y más despreocupado que un troncho. En sus días de tristeza, cuando habían fracasado los recursos más variados de mi astucia contra el tedio, recurría a él, lo buscaba empeñosamente hasta toparlo, en la certeza de aliviarme con su charla desenvuelta. Por las calles, sobre todo, era asombroso: conocía a medio mundo, y no por

PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN

**PIDANSE EN LOS KIOSKOS ESTACIONES DEL SUBTERRANEO
Y VENDEDORES DE DIARIOS, LOS NUMEROS ANTERIORES**

fuera, sino por los dobleces más recónditos, como quien se ha adjudicado el ministerio de físgón universal y por derecho propio. — Mira aquel gordo, ¿le conoces?... Es el doctor Fanfún: hace diez años vendía pasta para los callos en el Paseo de Julio; después compró en cinco mil pesos el título de doctor y hoy es un médico célebre: ¡estirpa callos admirablemente!... ¿Y aquel flaco, le conoces?... Mamerto Quirigay: fué subsecretario de hacienda. De muchacho, lo metieron a pupilo en un colegio; el director lo devolvió a los cuatro meses, asustado al observar que los alumnos de su grado adquirirían la aptitud de rebuznar quirigaymente. Después le propusieron un oficio y dedicóse a cazar moscas: sus padres eran ricos y podía cultivar la cinegética. Creció, creció como una caña de tacuara, pues toda la digestión se le inducía en ascensión recta. Al completar su desarrollo se casó y quizo ser hombre importante: dió recibos a grandes personajes y salió subsecretario. ¿Cómo fué? Por sus merecimientos. ¡Tenía una mujer... despampanante!... Mira, mira aquella rubia entrada en carnes: ¿la conoces? no ¿verdad?... Es doña Filomena C. de Z. Ah! una mujer muy distinguida... Hermosa, honesta y afectada de melancolía crónica. Suele pintarse un lunar en la cadera izquierda... ¿Que cómo lo he sabido? Mi amigo el doctor H., que es su médico, le cura los hipocondrios.

He querido recordar algunas genialidades de mi amigo Alberto. Pero una vez, la cosa fué más que seria. Ibamos a media tarde por Defensa en dirección al sur, cuando, al llegar a San Francisco, salía de la puerta capitular un viejecito regordete, muy afeitado y vestido de levita con sombrero de copalta. Atravesó todo el atrio con un paso menudo y presuroso, encaminándose hacia el coche que aguardaba su regreso, y a tiro de saludo con mi amigo cambiaron una gran sombrerada... Seguimos nuestra ruta, y yo, por curiosidad pregunté: — ¿Quién es ese caballero?... Alberto pareció no haberme oído. Y como viérale el semblante grave y triste, lo cual era estupendo en su carácter, insistí con verdadero interés: — ¿Quién es ese caballero?... — ¿Eh, decías?... — Parece que acabas de dormir... ¿A quién has saludado? — A un pobre hombre: don Celedonio Cigorraga. Su persona insignificante me evoca de relieve toda una historia terrible. — ¿Terrible? — exclamé; — tú no sabes más que historias alegres. — Pues esta es horrenda. — Cuéntámela, hombre... — Es muy larga, — objetóme: — ven a mi casa:... son las cuatro: tendremos tiempo sobrado. — Con mucho gusto, — asentí, más que intrigado, barruntando que había de ser gordo aquello que exigía tanto espacio. Por de pronto, sólo te anticiparé una consideración, /— profirió Alberto: — Don Celedonio Cigorraga que has visto salir por la puerta

capitular de San Francisco, es, como puedes suponer, todo un beato. Pues bien: en la época del suceso que voy a referirte, era un terrible masón, ateo y comecuras. ¡Qué transformaciones opera el sufrimiento!

Y echamos a andar. Mi amigo vivía a pocas cuadras. En una casa antigua, ocupaba un departamento sin más comodidades que las requeridas por un solterón recalcitrante que no es rico, pero que puede vivir con decoro. Llegados a su casa nos instalamos en su despacho, bien sentados en sillones de cuero; cargó su pipa de guindo, me hizo encender un habano, y tras un corto silencio para ordenar sus recuerdos, empezó la narración...

Unas palabras mías. Vuelvo a sentir horror al recordarla: mi piel se espasma, un calofrío me hace estremecer como si un torrente de hielo entrara en los caudales de mi sangre. No quiero atormentaros demasiado: suavizaré en lo posible la transcripción, y lo sabréis todo, sin que me echéis maldiciones como al verdugo. Y cambiaré nombres, porque así lo exige la piedad, y por el mismo motivo silenciaré algunos parajes. Sólo podréis acusarme de haberos despedido.

Y ahora tiene la palabra Alberto N.

* * *

Los sucesos que voy a referirte acontecieron hace más de veinte años. En aquel tiempo, la población suburbana del Tigre ya tenía renombre: ya eran famosas sus islas, sus durazneros, sus clubs de regatas y sus paisajes fluviales. Pero con ser lugar preferido por muchas familias pudientes en los meses de estío, no era aún punto obligado de la crema: no era sitio de moda. Su vegetación era abundante, como ahora: las islas y las márgenes de los canales sumergían sus planos desiguales en la espesa verdura más diversa: altivos eucaliptus de fronda oscura y rumores graves; cadentes sauces de follaje tierno, sin más destino que mirarse eternamente en las aguas mansas; esbeltos álamos con más noble misión: la de cantar, cantar con alegría, sin mirarse a sí mismos y mirando siempre al cielo; y otros pobres cautivos del terruño, nacidos para goce de los hombres que apenas si perciben su grandeza... Bajo aquellos verdores, se extendían las quintas de recreo: las casas holandesas o suizas, o simplemente sin estilo alguno, rodeadas de jardines con frutales y senderos bien trazados.

En una de esas quintas, desplegada en el recodo más discreto de una isla, habitaba una familia provinciana enamorada de la fronda

y del silencio. Su jefe se llamaba don Justo de Lafuente, hombre muy principal que había sido gobernador de su provincia, allá en el norte, e inmensamente rico, pues ni él sabía las tierras dilatadas que poseía. Su esposa, doña Remedios, dulce ejemplar de la mujer norteña, dama muy afable y bondadosa, previsora en su hogar, jurisperita en los quehaceres de una casa. Ambos cónyuges tenían dos retoños, ya hechos tallos: Eleuterio, un muchacho de veinte años, inútil como un dandy, preocupado en adornarse la cabeza en la peluquería, no en la cátedra; y Pepita, un pimpollito con dieciocho primaveras, primaveras de su tierra, en donde el sol, ardiente en demasia, la infundiera unos hervores excesivos en la sangre, en la mente un poco de locura, y extendiera en su cutis de morocha los reflejos de oro viejo diluido en una roja llamarada... Pero un quinto personaje acompañaba a la familia en su trasplante: era una criatura desdichada; un muchacho de veintidós años, de aspecto singular: hermoso como un nazareno al transponer su adolescencia; de rostro bien cortado en suave óvalo; de ojos grandes, trondosos en pestañas; de cabellos tupidos y ondulados, y de cuerpo robusto y bien construido, bajo cuyos vestidos descuidados se acusaban unas líneas armomosas, pero fuertes, de Apolo semi-barbaro. ¡Y aquel muchacho era un idiota! Sobrino de don Justo, por el que recogido a la muerte de su hermano, quien habíase arruinado poco antes de morir, dejando a su hijo único sin bienes de fortuna y sin otro valimiento que su tío. El niño prospero: supo captarse el cariño de sus tios; era bueno, sumiso y un modelo de estudiantes. Demostraba un afecto fraternal extraordinario hacia Eleuterio y Pepita... Un día, jineteando los tres juntos y volviendo de un paseo a las afueras de su ciudad natal, el caballo de Pepita — Tita, como él la llamaba — desbocóse: Eleuterio, no sabiendo qué hacer, acabó por no hacer nada; pero Antonio, su primo, con sus dieciocho años vigorosos y valientes, picó espuela trás el bruto de Pepita, la cual hacia estuertos de equilibrio por mantenerse en firme; logró agarrar la brida del caballo desbocado, aminorando su carrera lo bastante a permitir que la amazona desmontara; pero entonces su caballo encabritóse de tal suerte, dando un bote tan veloz e inesperado, que el jinete, despedido de la silla, fué a chocar con la cabeza contra el muro de una casa... Se produjo un derrame cerebral: sesenta días estuvo el bravo Antonio entre la vida y la muerte. De todos modos murió; que al recobrar penosamente la salud del cuerpo, perdió la del espíritu. ¡Quedaba idiota!... Tolin, que así llamábanle cuatro años antes cuando era hombre, despues, al ser de nuevo un niño sin conciencia, fué Bobó. Cambió de nombre como de naturaleza.

Algún tiempo después de aquel percance, don Justo resolvió sin más demora trasladar su residencia a Buenos Aires. Sentíase colmada su ambición: era muy rico, por herencia y por adquisiciones personales. En política su anhelo no había tramontado las alturas de su país natal; y entre sus montes, en los límites estrechos de su provincia, lo había sido todo: gobernador y caudillo omnipotente. ¿Para qué más? Ya empezaba a ser viejo, y su mujer, doña Remedios, lo mismo: merecían el descanso *en un lugar civilizado*, según su frase, y agregaba: — Además, hay que buscarle un acomodo a nuestra niña... Es que los viejos soñaban en alianzas de gran tono.

Ya llegados a la capital, instaláronse muy pronto en aquella quinta del Tigre. Hicieron relaciones con presteza; daban recibos lujosos, y vivían llenos de serenidad y de esperanzas... Una tarde de Marzo, cuando el aire ya empieza a ser afable y el sol se muestra más benevolente, en la quinta de don Justo se encontraban algunos visitantes: eran íntimos que entraban y salían con toda libertad y para quienes no había ceremonias. En una plazoleta del jardín, con el *chalet* a la derecha, a la izquierda los plantíos y arboledas, y de frente la perspectiva del canal, — los propietarios y sus habituales visitantes departían esparcidos a su antojo. Ante una mesa de mimbre, don Justo soportaba heroicamente la facundia de su amigo y conterráneo Cigorraga. Don Celedonio tenía la manía de las grandes empresas financieras, y en ellas se engolfaba, con tal suerte, que en el cuento formidable del famoso Tartagal, perdió un ojo de la cara; y en otra gran empresa constituida creo que para cazar en gran escala milodones en la bahía de Samborombón, casi lo dejan ciego. Ahora pretendía haber descubierto unos pozos de petróleo en el Estero Patiño. — Te digo, Justo, que son riquísimos: quinientos metros cúbicos de producción por día! — Calla, calla, loco, — replicábase el amigo bondadosamente: — ¿cómo puedes creer en semejantes disparates? — Lo he visto! — le afirmaba el ambicioso Cigorraga con solemnidad... Pero su fiebre de dinero era respetable, por el fuego sagrado que incendiala: su amor inmoderado por Matilde, su hija encantadora, para cuya criatura pretendía no se sabe qué glorias supremas e irreales.

Y allí estaba Matilde, rubia, esbelta, como un tallo de trigo sazonado; combando morbideces, cual durazno plétórico de pulpa que distiende su envoltura: garrida, inteligente, con mucha distinción y mucho imperio, como excelsa Walkyria trasplantada desde el mito a los dominios de la prosa. Y sus veinte años eran veinte luceros en la vida de su padre... Acariciándose en los suaves movimientos de una mecedora, parloteaba con Pepita de Lafuente y Eleuterio su herma-

no, más atento en verdad a los encantos de Maruja, que a la verba un poco desdeñosa de Matilde. — ¿No piensas en casarte aún Matilde? — preguntábale Pepita. — No. — ¿Quieres, pues, quedarte para frigorífico? — Me es igual, — contestábale la rubia con alguna asperaza; y es que, de pocos días a entonces, sentía por la bella provinciana una sorda irritación apenas contenida. Había hombre de por medio..... — Pues yo sí, quiero casarme, afirmaba Maruja ingénuamente, — mirando de soslayo a Eleuterio, quien abría unas fauces de felino hambriento... Como oyera a la chica doña Petrona, su madre, que ayudaba en unas labores a doña Remedios, prorrumpió:—Calla, calla, mocosa: qué hablas de casarte; más valiera que pensaras en cumplir con tus deberes.... Ay, Remedios, cómo son ahora!: a los dieciseis ya tienes que sangrarlas... — Y déjala, pobre, — respondía la dueña de casa: — son ilusiones de la inocencia..... Doña Petrona era una buena mujer, pero un tanto desenvuelta de palabra y de una franqueza inconsciente muy divertida.

—¡Por Dios, y cómo tarda Ernesto! — exclamó Pepita, disgustada. Era su novio. — Tendrá quehacer en el Unión-Club, — observóle Eleuterio: — como preparan la grán regata del domingo..... Matilde al oír el nombre del ausente, clavó en Pepita una mirada dura y arqueó los labios en un mohín amargo y desdeñoso... — Pero ¿y Bobó? ¿qué se ha hecho de él, que no le veo desde que he venido? — preguntó Maruja. Pepita miró a todos lados, y deteniéndose en un punto, contestóle: — Allí lo tienes: filosofando... Las cabezas se volvieron hacia el canal y sus bocas estallaron en alegre carcajada... Distanciado, a la sombra de un plátano frondoso, en un rústico banco del jardín, puesto de frente al río, allí estaba Bobó, sentado e inmóvil, en la actitud de una escultura egipcia. Era aquel sitio el suyo predilecto: horas y horas se pasaba en él, siguiendo con los ojos, (con sus ojos hermosos medio muertos), la hojarasca que arrastraba la corriente, como flotas diminutas tripuladas por pigmeos. A veces, recogía algún guijarro, descendiendo los peldaños del desembarcadero que enfrentaba a la derecha con el banco, lo tiraba hacia el canal, embelesándose en los círculos trazados por el agua. Llevaba siempre un libro bajo el brazo: era una Iliada, primorosa edición impresa en cuarto y con ilustraciones, que cuando era hombre fué su obra favorita. Pero ahora que era un niño, si la abría era para distraerse en las estampas. En las horas matinales, recorriendo los senderos del jardín con paso lento y la cabeza baja, la charla de los pájaros le hacía detener como arrobándolo, y luego se agitaba estremecido, su rostro indiferente revivía con un gesto de dolor y echaba a andar apresuradamente. ¿Quién sabe a qué oquedades de su

alma llegaría aquel lenguaje de los pájaros!.... Dando vueltas por entre la arboleda, a veces encontraba a Serafín, el jardinero, podando algún frutal o guadañando el césped viejo que agobiaba los pradiles. Entonces se quedaba contemplándole: seguía aquellos golpes de guadaña tan lleno de atención, tan abstraído, que el buen hombre no podía por menos de sonreír y preguntarle: — ¿Quiéne niño Bobó ser jardinero?.... El decía que sí... Una mañana, sintiéndose contento, Serafín puso en las manos del muchacho la guadaña incitándole a que cortara el césped; y el discípulo, al verse en posesión de aquel juguete, lo blandió como un montante y de un voleo cercenó completamente un magnífico rosal de veinte años. Desde entonces, Serafín ya no le daba lecciones de su oficio... Y ahora estaba allí, bajo aquel plátano, en el rústico banco de madera que enfrentaba la corriente del canal, con la cabeza apoyada en el respaldo y adormecido en las delicias de la luz, o en las negruras de su propio abismo...

En el grupo de los jóvenes seguía el regocijo. De repente, Pepita enderezóse como un huso y extendiendo la mirada hacia la verja del jardín, prorrumpió: — ¡El!.... Y muy nerviosa echó a andar algunos pasos. El llegaba: había ya transpuesto el gran portón y se acercaba por entre la arboleda, acompañado de Gastón, su inseparable amigo... Don Justo de Lafuente, sonrió por la alegría de su hija: — Ya canta nuestra alondra, — murmuró: — en cuanto ve a Alcobendas, no hay más: le nace el alba. — Es un muchacho muy simpático, — observóle Cigorraga; y añadió, torciendo el morro: — pero tiene un tío fraile: ¡Tan distinguida familia!.... Don Celedonio era un terrible come-curas.

Ernesto y su Pepita se estrechaban ya las manos en el borde de la plazoleta. Luego avanzaron seguidos de Gastón. Hubo cumplidos, saludos entusiastas y todas estas amables menudencias que constituyen el ornato de la cordialidad. — ¿Cómo viene usted tan tarde? — preguntábale Pepita con reproche y hablándole de usted, como era su costumbre ante testigos. — La presidencia del Unión-Club, me tiene loco: con Gastón hemos estado preparando las regatas del domingo: ¡se juega la gran copa!... (Y en voz baja añadió:) — Estás monísima... En efecto, Pepita, con su blusa varonil y su gorrita marinera, daba ganas de partir hacia las playas de la dicha a bordo de su esquife... — ¿Cómo has venido por tierra? — Gastón quería visitar a tus vecinas, las de Zárate. — ¿No has sido tú el que querías visitarlas?.... — Calla, ingrata!....

—¿Ha estado usted en la Bolsa, Alcobendas? — Sí, don Justo: el oro al 340 — ¡Qué horror! — El oro sube porque aumenta la im-

portación de curas, — observó Cigorraga. — ¡Qué tiene que ver una cosa con la otra!, — dijo doña Remedios. — Pues no!.... Señora: usted olvida que el carbón es extranjero y hay que pagarlo en oro, y que el gran carbonero se lo cobra en lo que llaman caritativamente "el Óbolo"... Doña Petrona estalló: — Usted irá al infierno! — Chocolate!, que allí nos vamos a encontrar, doña Petrona.

Mientras tanto, Pepita embelesábase en la contemplación de Ernesto. No era que le amara apasionadamente, con ese sentimiento de codicia que diluye en la sangre una energía capaz de las más nobles creaciones y de las más grandes catástrofes; tampoco era la ternura serena, desinteresada y profunda que sobrevive inmutable a las tempestades más rudas: demasiado nerviosa, coqueta y frívola, sus impresiones no iban mucho más allá de la piel, y en todo caso nunca llegaban al órgano que es centro de la vida. Ernesto para ella era un juguete, muy hermoso, en verdad, y muy entretenido, con el cual saboreaba unos momentos de placer desconocido con los otros juguetes que le daban desde niña. Su impaciencia cuando él se retrasaba no era más que la protesta por la espera de un regalo prometido y que no llega; y en presencia de su novio, se agitaba con cierta timidez omocionada, por pura vanidad: porque era vista y no porque veía... Y a fé que lo que ahora veía interesaba: Ernesto de Alcobendas era todo un buen mozo: alto y esbelto, con soberbios bigotes a la borgoñona y el cabello abundante y bien peinado, era un espécimen digno de admiración femenina. Mas, un buen observador desconfiaba de sus ojos hermosos pero ardidados, marchitados precozmente por la disipación, y que miraban de una manera cínica. Era muy elegante: aquella tarde, vestía el uniforme del Unión-Club: pantalón blanco de franela, saco azul con botones de plata monogramados, y gorra almirante con la insignia del club bordada en oro. Pepita le encontraba muy gallardo, y lo que más la cautibaba, era su banda de cabellos negros caída al sesgo de la frente hasta la oreja, "su onda pérfida", como decía doña Petrona.

—No me gusta este muchacho, Remedios, — repetíale su amiga. — Tú le tienes ojeriza, Petrona. — No: es que es un calavera: lo he sabido: ya ha tirado dos fortunas, y ahora está tirando la tercera. — No lo creo, — replicaba con cierta indignación doña Remedios, inmutable en su bondad característica: — es de familia muy buena, y además, nos quiere mucho. — Lo que quiere son los millones de tu hija. — ¡Vamos, vamos, Petrona!...

Mientras tanto y desde la llegada de Alcobendas, Matilde procuraba no mezclarse con los otros circunstantes. Sola y un poco distanciada, continuaba meciéndose en su silla suavemente, entorna-

dos los ojos y fingiéndose atacada de jaqueca. Pero aquel que la observara con cuidado, hubiera sorprendido sus miradas furtivas al soslayo en un relampagueo fugaz pero candente; le hubiera sido dado sorprender, que por momentos y al choque de determinadas frases, sus labios se apretaban iracundos, y sus puños, menudos y sedosos, se cerraban en una crispación amenazante; y hasta hubiérase dicho que su pelo, dorado y refulgente como el casco varonil de una Walkyria, se inflamaba en el hervor de pensamientos vengativos. Era indudable, que la hermosa criatura padecía el mal de celos, el peor de los tormentos, el único capaz de convertir a un ángel en demonio.

Cigorruga, viendo a su hija tan malhumorada, sintió inquietud y fué acercándosele para hacerle un mimo. No sin cierto recelo de padre dominado, acarició discretamente la barbilla de Matilde, preguntándole: — ¿Qué tiene mi paloma?... — Nada, papá. — ¿Por qué estás triste?... ¿Quieres otro vestido?... ¿quieres una rebanadita de mi corazón?... ¿quieres alguna joya?... ¿quieres un ojo de mi cara?... — No, papá, porque te quedarías ciego: ya perdiste uno, en aquella *Sociedad del Túnel Transoceánico*. — Ah, no importa, — replicábale don Celedonio: — yo soy como Argos: todo ojos... Y en voz baja le comunicó un proyecto con el cual pensaba triplicar su dote.

Entretanto, y como fuese la hora del té, doña Remedios llamó a Pepita para que la ayudara: Una buena costumbre de dama provinciana y hacendosa, era no confiarse con exceso a los criados, en aquello que constituía la comodidad en el hogar. — Vamos, hijita... La morocha, con cara de nublado, obedeció, pero diciendo a su juguete Ernesto: — Hasta luego, — con mirada significativa, segura de escaparse a la primera distracción de su mamá.

Don Celedonio, haciendo punto final en su confidencia, dirigióse en tono cómico al buen mozo: — Alcobendas: usted que sabe entretenir a las damitas, haga el favor de alegrarme a Matilde... Y volvió junto a don Justo, para contarle por vigésima vez las perspectivas de aquel petróleo del Estero Patiño...

Alcobendas sentóse sin más trámite al lado de Matilde, preguntándole en voz alta: — ¿Qué le pasa a usted?... Y luego, en tono bajo: — ¿Qué te pasa?... La Walkyria se irguió lanzando llamas: — ¿Qué le autoriza a usted a semejante familiaridad?... El joven sonrió: — Vamos, vamos:... estás malhumorada, despechada, pero sin razón: lo que hago es muy sencillo y necesario... Escúchame: yo estoy a punto de arruinarme, y como nunca he trabajado, la pobreza me sería intolerable. Tu padre tiene algo, pero al paso que va, con

sus extravagancias financieras, pronto no tendrá nada. ¿Qué puedo hacer? Asirme a una heredera que rehaga mi fortuna... Matilde le miró con iracundia y murmuróle: — Eres un cínico! — Tienes razón, pero no tienes millones, — replicóle Ernesto; — Me has engañado, me has robado el corazón y el pudor, y ahora lo tiras todo por la ventana porque te estorba. ¡Eres un miserable! — Yo no pude robarte lo que ya no tenías, — osó decir Ernesto. — ¡Mientes! Tú sabes que no es verdad. — Ya estabas corrompida de imaginación. — ¡Mientes, mientes, canalla; pero me la pagarás: lo juro! — bramó de un modo sordo la injuriada, no pudiendo, con todo, suavizar un diapasón que casi llegó a oídos de los circunstantes...

Pepita regresaba como de un paseo aburridísimo, aprovechando una distracción de doña Remedios. Llamó a Ernesto, y con Maruja, Gastón y Eleuterio, no se sabe qué palique inició: muy ingenioso, sin duda, porque todos reían y comentaban alborozados. Alguna picardía de Pepita... Matilde, recelando que pudieran sospechar de su conducta, levantóse de la silla e hizo causa común con los muchachos...

Hacia una hora o dos que en aquel banco bajo el plátano y de cara a la corriente, Bobó permanecía imperturbable como un leño, o como un semi-dios en escultura. Con su *Iliada* en las manos y sus hermosos ojos misteriosos de buey manso, no era fácil saber si meditaba o rumiaba, si miraba hacia fuera o al fondo tenebroso de sí mismo... De repente, y como siempre, por unas impulsiones enigmáticas, levantóse, quedando unos momentos en perplejidad... Después giró sobre sus plantas, y al ver al grupo alegre de los jóvenes, sonrió: también él quería divertirse... Cauteloso y apagando sus pasos lo posible, fué acercándose sin que fuese advertido por ninguno; y al llegara junto a Pepita, con mugido estentóreo de becerro, reventó: — ¡Oooh!....

Un chillido de espanto salió de la garganta de Pepita; mas luego de sabida la burrada, vengóse duramente asestando en la cabeza del imbécil tantos golpes de abanico, que su madre hubo de observarle que aquello era excesivo. — Me ha asustado, mamá... El desdichado, mientras ella le menudeaba los abanicazos, reíase.... reíase... sin esquivar los golpes, y al terminar entristeciéndose como un desamparado: — ¡Pégame más! — suplicó con trapajoso acento. Aquella mansedumbre hizo reír estrepitosamente. — Sí, para que me rompas el abanico..., — objetó Pepita: — tienes la cabeza demasiado dura. — Cómo te quiere el pobrecito..., — observó Maruja. — Ya lo sé, — contestó la amiga: — y yo también le quiero... No mentía, en verdad, porque su primo era otro de los muchos juguetes que la

divertían... — Nos queremos de veras: van a ver... (Y volviéndose al cretino:) — ¿A quién quiere Bobó? — interrogóle... Y él, con una inflexión muy parecida a la ternura, contestó: — A Tita!... — ¿Y Tita quiere a Bobó?... Bobó no dijo nada; miróla con pupila cuasi inteligente, y su rostro se cubrió de gravedad, como alumbrado por el opaco fulgor de un pensamiento en tinieblas... — ¿Te casarías con Tita, Bobó?, — preguntó ella, dispuesta a proseguir aquella chanza hasta agotarla. El tonto sonrió, como en la infancia, con toda su brillante dentadura al descubierto, y moviendo la cabeza afirmativamente. Aquél era el secreto de Pepita: su confabulación con los amigos poco antes: la parodia de su enlace con Bobó... Mas, era necesario postergarla, porque en la amplia escalinata, a la derecha, que arrancaba de la puerta principal del *chalet*, aparecían los criados conduciendo en grandes fuentes el té de mediatarde entre montículos de diversas golosinas. Doña Remedios descendía detrás de ellos.

Mientras todos soboreaban el sabroso ceylán, un convidado inapetente aprovechaba la absorción de los demás en las conversaciones, para observar a su antojo y meditar profundamente: era Matilde. La escena de Pepita con Bobó; las circunstancias de aquella niñería incoherente, segerían en la joven una serie de asociaciones mentales acompañadas de consecuencias posibles. Y meditó...

Apenas a mitad del refrigerio, Pepita escabullóse, para volver muy pronto con una colcha adamascada, o cosa parecida: iba a ser la capa pluvial del cura. Pero antes, se verificaría la ceremonia del matrimonio civil. Previo anuncio del suceso a los circunstantes, la traviesa Pepita echó mano de Gastón para el papel de funcionario público. Maruja y Eleuterio serían los testigos... Gastón, que era un pillastre bien dispuesto para todo lo que no fuese útil, colocóse ante una mesa para actuar de jefe del Registro Civil... Pepita, conduciendo a Bobó ante la mesa, profirió con entonación melodramática: — Bobó, mi bienamado: ha llegado el gran momento de nuestra felicidad: van a casarnos. Dame este libro... Y entregó la Iliada a Gastón. Este empezó a leer la ley a los contrayentes, con voz gangosa y haciendo unos visajes que hacían retorcer de risa hasta a los viejos, que a distancia presenciaban la parodia, complacidos de observar que los muchachos sabían divertirse... El novió, en un principio, sonreía; pero luego y poco a poco, adquirió una gravedad imperturbable en consonancia con la significación del acto. Y al final la desposada firmó el contrato al dorso de una estampa de la Iliada, valiéndose para ello de la pluma lujosa y automática del señor de Cigorraga. Cuando Tita puso en manos de su pri-

mo aquella pluma invitándole a firmar, el desdichado quedó inmóvil y perplejo... ¿No entendía?... Sí, entendía, a no dudar, pues su frente se arrugaba en un esfuerzo inteligente y cuasi humano... es que buscaba su propio nombre... Por fin, acomodándose en la mesa y con todos sus nervios en tensión y muy contraído el rostro, posó la mano en el papel, y de repente trazó unos garabatos ilegibles que decían o pretendían decir: "Antonio de Lafuente" Así firmaba cuatro años antes, cuando era hombre.

Seguidamente, los muchachos dispusieron la ceremonia nupcial. Ella debía realizarse en el quiosco de madera levantado a la izquierda de la plazoleta. Ya estaba allí Gastón, arrebujado en la capa pluvial que era la colcha adamascada, y encasquetándose la mitra que había improvisado con un periódico, pues era su opinión, que aquel enlace debía consagrarlo nada menos que un obispo... Trabajo les costara el arrancarle la *Iliada* a Bobó, facilitando la tarea a *Su Ilustrísima*: el cuitado se aferraba tercamente a aquel volumen que al dorso de una estampa contenía el testimonio de su enlace... Gastón hizo reir hasta a las piedras: ante el libro sostenido por un criado como siendo un facistol, el dandy gangueaba unas tiradas de latín enrevesado; y después de dirigirles a los novios la pregunta de rigor que cierra el pacto, los bendijo con gran solemnidad y salpicándolos con el agua de un hisopo de follaje... Durante el acto absurdo, Bobó permaneciera mudo y grave: había en su semblante una cierta aureola de unción que iluminaba espiritualmente la belleza nativa de sus rasgos. Entre tinieblas, comprendía que al fin se realizaba aquel ensueño de su adolescencia: unirse para siempre en el altar de Dios con su adorada Tita. Y cuando *Su Ilustrísima* le hiciera la pregunta de rigor de si aceptaba a Tita por esposa, contestóle con un "¡Sí!" tan lleno de emoción y de energía, que todas estallaron en una tempestad de jubilosas carcajadas.

Hubo quienes ya daban la función por terminada. Mas, Pepita, insaciable de burlas y recreos, como niña mimada y caprichosa, pidió que se añadiera otro número a la fiesta; asegurando que una boda, no terminando en baile, era cosa inconcebible. Fué preciso complacerla. Se le pidió a Eleuterio que subiera al salón para sentarse al piano; pero el pollo no quería renunciar a la fortuna de pegarse a su Maruja para dar algunas vueltas de vals. Entonces recurrióse al complaciente Gastón, siempre dispuesto a ser útil en lo inútil; y él, al punto, previamente autorizado por la dueña de la casa, dió unos brincos gradería arriba hasta el salón principal; hizo abrir por los criados las ventanas que deban a la plazoleta, y sentándose al piano se arrancó con el "Dunabio azul" de Strauss, a toda fuerza.

Formáronse en seguida las parejas, y hasta don Celedonio, contagiado de tanto regocijo, levantóse de la silla con intento de granjearse un buen mareo dando botes en los brazos de Matilde... La joven arrogante, inapetente de toda diversión, permanecía sentada y presenciando todo aquello con suma indiferencia. Mientras tanto Bobó, también sentado, frente a ella, pero al lado opuesto de la plazuela, parecía dormir o ensimismarse en las tinieblas de su propio caos, teniendo aquella Iliada famosa sobre las rodillas...

De pronto, la escultura se hizo carne y animóse. Bobó, despaibilándose o saliendo de sí mismo, alzó la frente un poco y recorrió con la mirada todo el sitio de la fiesta. Era el momento en que Ernesto, abarcando con su brazo el tallo de Pepita, iniciaba con ella el primer vals... Entonces sucedió una cosa extraña e inesperada: Bobó saltó en su silla; sus ojos se encendieron; sus dientes rechinaron, y de un brinco, como un simio, se arrojó contra Alcobendas, desprendiéndolo de Pepita, y al impulso de sus brazos musculosos lo echó a buena distancia tambaleando de tal modo, que a no ser por el auxilio de un sirviente es bien seguro que el buen mozo rodara por el suelo... Se produjo una alarma general, acrecentada cuando el tonto quiso echarse de nuevo sobre Ernesto. Mas, un grito de Pepita ¡Bobó! fuerte y enérgico, contúvole en seguida. — ¡Aquí!, — añadió la joven de un modo imperativo, indicándole con el índice su proximidad... Bobó, como un autómatas, volvióse, y jadeando, medroso y vacilante como un perro amenazado de castigo, fué acercándose a su dueña en una sumisión que enternecía. Pero hubo en la mirada que extendió de él a ella, tal vez este reproche: — ¿Por qué te abraza este hombre? ¿No eres mi esposa?... Ernesto contentóse con decir a aquel sirviente que lo había sostenido: — Si no llega a ser un opa, lo reviento!

Matilde se sumió en perplejidad. ¿Qué era todo aquello? ¿Qué quería decir aquel arranque del cretino, aquella violencia del imbecil que hasta entonces pasara por un ser inofensivo? ¿Y qué motivos poderosos podían de repente transformar una criatura cuasi inerte en prepotente, reintegrándola, en parte, a su primitiva inteligencia y voluntad?... ¿Hay algo fuera del amor capaz de este prodigio?... Luego él la ama;... y es capaz de amarla aún después de la ruina de su espíritu... Y sin duda ha tomado muy en serio la parodia de su boda... La Walkyria sintióse estremecer: lanzó la llamarada de sus ojos alternativamente sobre Ernesto, Pepita y el imbecil, y sus labios esbozaron todo un drama con sólo la satánica sonrisa de su fresa.

La señora de Lafuente disgustóse por aquel suceso y buscaba

algún pretexto razonable que diera por concluída la tertulia. No hizo falta: la hora ya avanzada de la tarde y aquella ducha fría administrada por el aguafiestas en plena efervescencia de la sangre, predispuso a una inmediata dispersión. Las manos ya empezaban a estrecharse, cuando al fondo, en el ribazo, atravesaba Serafín guadaña al hombro, como un Cronos satisfecho con medir su propio tiempo de jornada. Don Justo requiriólo: — Serafín: cuide bien esas orquídeas; no las ataquen los bichos. — Pierda cuidado, patrón, — contestó sin detenerse y penetrando en la arboleda.

Los extraños ya se habían despedido, y en la quinta de La-fuente no quedaban otros seres que sus propios moradores.

Caía el sol: un manto de tristeza se extendía en el paisaje: los tonos ocres, los rojos mortecinos y espectrales se filtraban en la masa de la fronda, irrumpían como ríos desbordados en los céspedes, asaltaban con oleadas de su lumbré los macizos, y en las aguas del canal cabrilleaban con la triste alegría de los niños enfermos y caducos. Todo hablaba de augurios desdichados, de trágicas promesas a cumplirse, y el crepúsculo pesaba, bello y grande, como un fardo de topacios y lingotes de oro puro...

Y en el banco del jardín, bajo el gran plátano y de cara a la corriente, Bobó se había sentado insensible del todo al espectáculo, abstraído en la contemplación de aquellos nombres rubricados en su Iliada y que eran testimonio irrecusable de su enlace...

*
* *

Desde aquel día, Matilde concentró todo su ingenio en la labor de prepararse una venganza. Habiendo descubierto en el cretino la semilla del rencor que los sucesos arrojaban en su abismo, no había más tarea que cuidarse de su fructificación, alimentándola de fuego. Así pensado, fué en extremo cariñosa con Bobó, hasta granjearse su obscura simpatía. Después le destiló el veneno ardiente de sus celos, chorro a chorro, más bien que gota a gota, pues la espesa substancia del imbécil no reaccionaba a las pequeñas dosis. Le hablaba de Pepita y de Alcobendas con los labios pegados a su oído; recórdabale su boda y los derechos adquiridos a su Tita, cuya prueba subsistía en el contrato que firmaron en el libro. Cuando Ernesto, haciendo uso del implícito derecho que adjudican a los novios oficiales se internaba con Pepita en el jardín apeteciendo lugares solitarios, la Walkyria, del brazo del cretino, los espiaba, le hacía ver el robo manifiesto y los abrazos, estrechos y violentos, los transportes henchidos de ternura y la unión interminable de sus bocas febriles

de deseo. Y de este modo lo excitaba, lo acosaba sin tregua ni desmayo, enardeciéndole la sangre con veneno de dolor, de celos y de odio. El pobre niño era un juguete entre las manos de la hembra despiadada: era una cosa que se iba convirtiendo poco a poco en una fuerza elemental. Algunas veces, abocado a las ternuras de los novios por la insidia de Matilde, el desdichado se agitaba con furor y forcejeaba en un impulso ciego de arrojarle sobre ellos: pero entonces se sentía contenido por los puños de la joven, menudos pero fuertes como garras... Aquél no era el momento: la cicuta, la planta venenosa, no había enraizado lo bastante. ¿A qué precipitarse? Para el golpe tenía ya el puñal: ahora le faltaba darle filo con destreza. La ocasión vendría sola, tempestuosa y sin que el torbellino la alcanzara.

Logrado el instrumento de venganza y a medida que afinaba su eficacia, crecía el odio ardiente de su sangre que al volcarse en el cerebro describía tragedias inauditas y monstruosas. "¡El debía morir!"... Era la frase siempre oída en las honduras de su mente, la voz que perforaba su cerebro como un hierro a martillazos, y la hacía sufrir y deleitarse al mismo tiempo... Pero aquella mujer era un enigma. A la vez que odiaba a Ernesto hasta el delirio, le amaba con locura arrebatada, no sabiendo ella misma si quería su muerte por venganza o para conservarlo en ilusión para ella sola. En su presencia, sentía tentaciones de arrojarle a sus pies y suplicarle, pero al punto su orgullo prepotente la erguía como un roble y su blandura se esfumaba como el tinte de un celaje. La había escarnecido: pisoteaba en honor de otra mujer, lo más sagrado que de ella consiguiera. Verdad que al conocerle ya sabía muchas cosas...: nunca fué una niña ingénuo. Pero era virginal su corazón y purísimo su cuerpo. Y ahora, todo estaba mancillado, deslucido, cual despojo de unas galas inservibles que se arrojan en el cieno. ¡Ah, el muy vil!... ¡Cuánto le odiaba!... ¡Cuánto le amaba!... Sentía el ansia loca de besarle, de morderlo, de oprimirlo con ternura y de matarlo en la opresión interminable de sus brazos. Y todo contra él: la criatura, trivial y sin substancia, que sin ver ni saber la suplantaba, le era indiferente: una muñeca que podía deshacerse de carcoma, un hongo obscuro que podía eternizarse sin peligro de que ella lo arrancara para adorno de su seno.

Ernesto comprendía aquella lucha. Perito en corazones femeninos y gran conocedor del de Matilde, su vida se orientaba en una sola ocupación: rendir mujeres. Y así, toda su enjundia de gran simio — su perspicacia de ocioso, su inteligencia de inútil, — enfocada por entero en un punto cardiarior solamente, el del amor,

lo había doctorado en la materia más obstrusa. Por esto penetraba en las torturas de Matilde, y sabiéndose adorado a la vez que aborrecido, contada con su ingenio de buen mozo para asirla de nuevo a su deleite. ¡Por que él también la amaba!... esto es, la deseaba, ardientemente, con más fuerza que en los últimos abrazos, quizás por la nostalgia de su delectación inconfesable.

* * *

Aquella noche de otoño sería memorable en los anales del Tigre. Las damas bonaerenses del *Sagrado Deber* organizaban una tómbola y una fiesta veneciana en los canales. Caía en luna nueva. Las riberas, frondosas y sombrías, se hallaban salpicadas de puntos luminosos, en una mescolanza caprichosa de colores, pareciéndose a enjambres de luciérnagas flotando entre el follaje. Las mansiones, espaciadas en las islas, se inflamaban de luz y de alegría. Sobre el agua, manchada de reflejos policromos, cruzaban los esquifes adornados con guirnaldas, banderolas y linternas, y repletos de paseantes jubilosos que sentían la belleza misteriosa del paisaje. Broncas músicas de cobre resonaban a distancia acompañadas de platillos; en las quintas preludiaban los pianos, y en las aguas del canal languidecían los vales voluptuosos de orquestillas vagabundas en canoas pintorescas.

Don Justo de Lafuente entró en la fiesta. Su casa era una gloria: ornamentó el *chalet* y los jardines con luces de colores; colgó banderas, hermoseó sus lanchas, y quiso sorprender con un derroche de fuegos de artificio. El pirotécnico había levantado unos *castillos* a espaldas del *chalet* y al lado opuesto a la plazoleta: una estrella rodante de gran radio, dos serpientes enormes enroscadas y un crucero de guerra con cañones capaces de alcanzar el Himalaya.

Aquella noche reuniéronse en su mesa numerosos convidados. Además de Cigorruga con Matilde, Alcobendas, Gastón, doña Petrona y su hija, que eran los más íntimos, — unas cuantas personas medio-amigas radicadas en la Capital o en El Tigre mismo.

Después de la comida hubo libre dispersión por los salones de la casa y por los jardines. Los hombres saboreaban un cigarro y las señoras oían sus donaires e historietas. Pepita y Alcobendas se escurrieron diestramente y registraron el jardín en busca de un desierto en la arboleda, en tanto que Matilde, en la ventana del salón que daba a la espaciosa plazoleta, no perdía ni en un punto sus revuelos, más bien adivinados que entrevistados por su aguda pupila de celosa.

Bobó deambulaba aquí y allá como un sonámbulo. Aquel día se observaba un no sé qué desconocido en su persona: el pálido cetrino de su rostro era más verde, o más violáceo; su frente se arrugaba en grandes surcos, y sus manos, inquietas e impacientes, estrujaban sus vestidos, retorciéndose frenéticas. Vagando por la casa penetró en el gran salón. Matilde le observó en aquel estado y murmuró:—Esto prospera: la planta de cicuta va enraizando... Después se acercó a él y prodigándole caricias lo condujo a la ventana:— ¡Mira, mira!, — le dijo con voz sorda; — están allí: en aquel banco bajo el plátano... ¿No ves cómo se abrazan?... Y se besan... Ernesto te la roba... Pepita te ha engañado...

El pobre diablo rugió como un león entre los puños de Matilde. Ya estaba acostumbrado a obedecerla y quedó inmóvil. Pero echando un relámpago sus ojos, que brillaron por fugaz despertamiento de su espíritu, exclamó, en una mezcla extraña de ira y de tristeza: — ¡Ladrón, ladrón!... ¡Mala, mala!...

Poco a poco iban entrando en el salón los invitados; los hombres dando el brazo a las señoras. Pepita y Alcobendas, de los últimos, se habían rezagado en las delicias del coloquio. Radiantes de ventura, seguían abstraídos uno en otro, sin cuidarse de Bobó, cuyas pupilas de buey enfurecido, se clavaban en ellos torvamente. No pasaba de ahí, porque al recuerdo de algunos arrebatos castigados por Pepita, rugía, mas temblaba, como el tigre domado a latigazos.

Un joven servicial sentóse al piano y en un grupo pareció que conspiraban: Alcobendas se destacó de él y encaminóse adonde estaban Matilde y Cigorruga. — Señorita, — dijo Ernesto: — los amigos le suplican que cante una romanza... (Matilde poseía una bella voz de contralto) — Estoy afónica, — contestó la interpelada, secamente. — Es verdad, apoyó don Celedonio: — ha querido venir hallándose resfriada... Abrígate, hija mía: ¿quieres que vaya a buscarte la bufanda? (Don Celedonio llamábale bufanda a una especie de mantilla de ricas blondas, negras que Matilde heredara de su madre) — No traigas nada, — contestóle un tanto áspera. — ¡Pero hijita, te vas a influenjar! — No importa, déjame... — Pero hijita... — insistía Cigorruga dulcemente... Su hija impacientóse: — Que me dejes, te he dicho, que me dejes, papá, ¡caramba!... No tuvo más remedio que dejarla, conociendo su carácter imperioso y obstinado. Pero antes recomendóla a Ernesto de este modo: — Usted que sabe historias, Alcobendas, a ver si me la alegra... Y alejóse.

Apenas los dos solos, Matilde preguntó a boca de jarro a su amante: — ¿Ha traído Vd. mi. cartas? — Sí. — Devuélvamelas. — Antes quiero hablar contigo largamente, — dijo el joven, envolviéndola en el fluido irresistible de sus ojos. La hermosa le miró como a un reptil y estremeciósse: — No quiero oírle nada, — replicóle: — lo que quiero son las cartas: ¿o es que piensa Vd. ponerme en la picota?... — ¡Matildita!... — y este diminutivo de las horas ardientes y secretas profiriólo con voz tan impregnada de ternura, que la joven sintiósse flaquear, malgrado su odio, como siempre que a solas le veía y le escuchaba. Y ahora, en los recuerdos de dulzura despertados por aquel diminutivo, le miró con suavidad y pensó aunque no lo dijo: “Es un canalla: ¡pero es tan seductor!...” El gran perito en corazones femeninos comprendió la situación y aprovechóla sin más trámite. — Matilde, — prorrumpióle muy de cerca y apasionadamente: — ¡Yo te amo más que nunca!... En aquel punto, preludiaban en el piano una *cuadrilla*, formábanse cuadrados, y Alcobendas separóse de Matilde, tal vez reconquistada...

Bailóse algunas piezas y creció en la concurrencia el regocijo, en tanto que Bobó permanecía enfurruñado en el rincón de una ventana, agitado más que nunca, cuasi convulsivo y gruñendo sordamente como bestia selvática en acecho.

Los jóvenes querían variedad, y fué por esto que dieron una tregua a las piruetas apenas hubo alguno que propuso una excursión en las canoas de la çasa; mas antes no olvidaron el *buffet*, muy bien servido de pastas y licores y otras muchas golosinas, y a él se dirigieron en bandada con los viejos detrás, contaminados de la fiebre golosa de los chicos.

Ernesto y su Pepita hicieron excepción: no estaban ellos para locas *puebladas* sin substancia; llevaban en sí mismos la locura jugosa del amor, y se escurrieron como anguilas a saborearla solos. Del brazo descendieron la amplia escalinata del *chalet*, y ya en la plazoleta, se sentaron en el banco bajo el plátano, de cara a la corriente del canal y algo a la izquierda del pequeño embarcadero. Allí, en la medialuz, entre rumores de seda del follaje y ante la fronda distante salpicada de enjambres de luciérnagas, los dos jóvenes entraron en el tema de sus mutuas ilusiones. Y charlaban muy juntitos,... muy pegados,... él vibrando de concupiscencia; ella, ingénua, cada vez más encantada de su hermoso juguete con mostachos. Y charlaban, charlaban,... y no vieron que Bobó feliciámente descendía por la amplia escalinata: los miembros musculosos le temblaban, su rostro se contrajo en una mueca de máscara furiosa. Clavando sus pupilas en los novios, de soslayo y sin dete-

breando cual serpientes fabulosas, y las bombas detonaban con estrépito, como obuses emplazados en aquella artificial conflagración de mil colores.

Ante tanta maravilla de candencias, la canoa de Pepita se acercaba a todo remo. Ya en el punto de amarre acostumbrado, iba ella, a saltar, cuando detúvose y un grito inenarrable estrangulóla: allá arriba y en el filo de la primera grada del embarcadero, veía la cabeza destroncada de su novio!... Y el espanto se hizo general: los alaridos que daban las mujeres y las exclamaciones de los hombres, hacían una mezcla de tragedia, tal cual la baraunda de un pasaje amenazado de naufragio. — ¡Mamá, mamá! — era el reclamo suplicante de Pepita... Los muchachos que estaban a los remos, por librarse del tremendo horror y librar de él a las mujeres, volvieron a alejarse de la orilla a toda fuerza:

La alarma fué angustiosa en la vivienda. Creyendo pue pudiera zozobrar alguna lancha, los dueños de la casa y sus amigos dejaron las bengalas y corrieron en tumulto hacia la plazoleta. Cigorruga, temiendo por su hija, desvióse, y costeano el tropel que lo atrasaba, rodeó el *chalet* por el costado opuesto a la ribera. Corrió, corrió,... y en medio del espacio descubierto vió algo inconcebible, visión calenturienta, ficción de pesadilla; vió una cabeza hermosa destroncada, aureolada de un nimbo de oro en ascuas, ¡y ella era la cabeza de su hija!... El viejo tambaleóse, balbuciendo: — ¡Ma... ¡Ma...! No pudo articular el nombre amado y desplomóse.

Mientras tanto, la enorme confusión acrecentóse en aquel punto. Aunque la luz de las bengalas se agotaba, veían con bastante claridad aquel cadalso: dos cuerpos sin cabeza, todavía en la actitud recordatoria de un abrazo; una cabeza de hombre a la derecha, y a la izquierda otra cabeza, femenina. El espectáculo tremendo desmayaba a las mujeres, y los hombres procuraban auxiliarlas de algún modo... — ¡Luz, luz!, — gritó don Justo a los criados.

La tragedia aún no había terminado; que toda fuerza ciega elemental, — el oleaje, el huracán, el rayo, — al destruir lo que le opone valla, lleva en sí, como la pólvora, su propia destrucción... Bobó se hallaba en firme: estupefacto miraba su obra horrenda, y restregábase los ojos, bamboleándose, tal como si estuviera despertando de un mal sueño o de una vida nebulosa. Su rostro no era el mismo: había en él un algo noble y bello, como una epifanía del dolor, consciente, humano, y sus pupilas se aclaraban con la luz crepuscular de un pensamiento renaciente. Poco a poco revivió: puede decirse, que el puro sentimiento que imperó en su corazón cuando era hombre, y que al volverse niño alimentó la vacilante

cómico sentóla al lado suyo en aquel banco de las predestinaciones.

Mientras tanto Bobó, de senda en senda y por los céspedes, buscaba,... buscaba algo empeñosamente...

Matilde obedeció con una leve resistencia. Su ex-amante, zorro y serpentino, fascinábala de nuevo con aquella su mirada tentadora, con los dulces acentos de sus labios, de miel incandescente. — No lo dudes, paloma: yo te amo más que nunca... ¿Por qué sufres de celos?... Puedo unirme con otra, pero mi corazón, mi pensamiento van contigo; mi deseo es todo tuyo... La Walkyria empezó a desfallecer: sintió desvanecerse aquel odio que había alimentado, oscureciósele el recuerdo de todos los ultrajes recibidos, ¡y fué otra vez mujer al perdonarlo!

En aquel punto, una sombra indecisa adelantó en la medialuz de la arboleda: de su incierto contorno se extendía un brazo enorme, largo y seco, con ensanche repentino al acodarse extensamente. Hubiérase creído que el espectro era la Muerte, blandiendo su atributo, tal como la han fingido los poetas...

La noche era de encanto. Un hálito infantil, alborozado, sorbía en los jardines los perfumes y danzaba con las hojas de los árboles. Las músicas lejanas de los cobres, los lánguidos quejidos de las cuerdas que vibraban en canoas errabundas y adornadas; las luces policromas del paisaje, las amplias curvaturas de la fronda saturada de misterio; el firmamento, las estrellas engastadas en su negro terciopelo, — todo, en fin, se conjuraba en beneficio de la carne...

De repente, en los jardines y en la casa se hizo una completa obscuridad: era el momento en que debían encenderse los fuegos de artificio. Los amantes, impotentes contra aquella tentación de las tinieblas, se rindieron: sus brazos se estrechaban, sus bocas se buscaron, y adheridas con deleite, resonaron en un beso interminable, cual si el alma se bebieran mutuamente sorbo a sorbo.

Pero entonces rompió la tempestad. De las tinieblas surgió la forma negra y misteriosa: era Bobó, que armado de guadaña y dando un brinco, poníase al alcance de la infiel y de su cómplice; y alzando la herramienta contra ellos, descargóles, al modo de quien corta malas hierbas, un tajo formidable y fulminante. Tan grande fué el empuje, que rodó, llevándose enganchada en la guadaña la cabeza de Matilde; en tanto que la otra, la de Ernesto, caía ante las gradas del pequeño embarcadero... Así permaneció, como aturdido, deshecho y agotado por la pérdida total de su energía descargada en su venganza satisfecha...

De pronto, en la explanada al otro lado del *chalet*, rompió la pirotecnia en un volcán maravilloso. Las luces de bengala iluminaron el paisaje a gran distancia; los cohetes voladores ascendían cule-

ner el paso, cruzó la plazoleta de puntillas e internóse en los jardines de la izquierda.

Era el momento en que la patulea de los vándalos venía del saqueo del *buffet* y disponiéndose furiosa al abordaje de las lanchas. Allí estaban, amarradas al pequeño embarcadero y eran tres, engalanadas con guirnaldas florecidas y con luces policromas.

Cuando vieron a Ernesto y a Pepita tan amartelados, enfilaron contra ellos la manguera de sus bromas maliciosas, en tanto que abordaban las canoas atracadas, repletas al instante como barcas que regresan de una pesca fabulosa. — Pepita, — gorgeara como un pájaro Maruja, cuya lancha no habían aún desamarrado: — ¿no vienes con nosotros? Aquí hay un lugarcito todavía. — Si hubiera dos..., — dificultó la joven, mirando a su pareja; y con los ojos y el tono de sus labios parecía suplicar: — Si tú lo permitieras... (La verdad era que anhelaba aquel paseo). Ernesto, muy galante, consintióle aquel capricho: — Anda, anda, querida: diviértate a tu gusto... Y previniendo también a los demás, añadió: — Pero no tarden mucho, que pronto encenderemos las bengalas...

Apenas chapoteaban en el agua las primeras tajaduras de los remos, vinieron del *chalet* don Celedonio y su Matilde acompañados de Gastón. El impagable dandy, secretario del Unión-Club, gran remador, etc., etc., les había propuesto conducirlos en canoa,... y ahora se tiraba una gran plancha. Don Celedonio, a fuerza de cariños, había conseguido que su hija se cuidara más o menos del resfrío, y ella entonces se abrigaba la cabeza y la garganta con la especie de mantilla de ricas blondas negras. — Si vienen a embarcarse, — dijo Ernesto — llegan tarde: ya ha zarpado el vapor. — Me alegro, — respondió don Celedonio: — no me gustan los vaivenes; me marean: venía por Matilde. — Pues yo me doy al diablo, — exclamó el dandy, secretario del Unión-Club, — porque venía dispuesto a hacerles dar la vuelta al mundo a remo limpio... Y, confidente de Alcobendas, percatado del servicio que en aquel preciso instante podía hacerle, maniobró en el sentido de llevarse a Cigorruga. De un tiempo a entonces, Gastón venía haciéndole el amor al viejo proyectista, sabiendo su manía de meterse en todos los negocios arriesgados; y ahora el dandy, corredor de bolsa, trataba de venderle unas acciones de *La Internacional de los Transportes Aéreos*. Prontamente, y guiñando un ojo a Ernesto, tomólo por el brazo, hizo darle media vuelta y arrastróle a la otra parte del *chalet*, con este introito: — Pues, señor, el gran problema de los transportes rápidos... Alcobendas detuvo a su ex-amante por la mano y musitóle: — No te vayas: he de hablarte... Y con una ternura de gran

lucecita de su alma; esa fuerza de amor indestructible, al alcanzar un paroxismo de tragedia iluminaba con intensa llamarada las tinieblas de su espíritu. Y entonces lanzó un grito indefinible: era que su alma toda vuelta del revés, volvía a su talante primitivo; era que su cerebro volcado poco antes, volvíase a su encaje natural. Miró su obra insana, la sangre, los despojos, y cubriéndose el rostro de vergüenza, horrorizado de sí mismo, lanzóse a la ribera en un clamor de "¡Tita! ¡Tita!", y arrojóse a las negruras del canal, en cuyas aguas halló un refugio eterno a su desdicha.

Y aquí hace fin la historia.

Miguel R. Roquendo

Calzado para Colegiales



Con motivo de la **apertura de clases** ofrecemos un variado surtido en calzados para **varones y niñas**.

El favor dispensado por nuestra distinguida clientela durante los **noventa años** que tiene de existencia la casa, acreditan la bondad de sus artículos.

"LOS ANGELITOS"

(Casa fundada en 1828)

F. HARGUINDEGUY E HIJOS

Esmeralda esq. Sarmiento

Crema Bella Aurora



garantida pa-
ra quitar las

PECAS

**Paños y
Manchas
de la cara.**



STILMAN FRECKLE CREAM Co., Aurora Illinois U. S. A.

Unico Representante:

Lorenzo S. Piccinino

DEFENSA 119

U. T. 4281, Avda.

En ROSARIO:

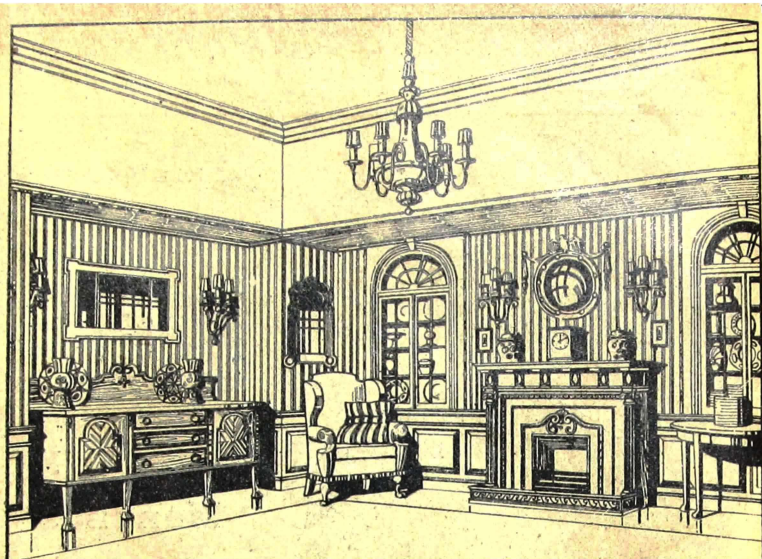
Alejandro Ettore

ESPAÑA 1084

Teléfono N.º 2589

JABON - Black Remover
(Quita espinilla y barros)
y POLVO para la cara.

En venta en todas las buenas farmacias y droguerías.



DESDE hace treinta años la casa THOMPSON MUEBLES Ltda., introduce en el país los más suntuosos moblajes de puro estilo inglés, que existen en las mansiones señoriales argentinas.

La calidad de sus muebles, los modelos de sus variadas decoraciones y el costo de los mismos en consonancia a sus justos valores le han conquistado un puesto de significación destacada y sin rival entre las casas del ramo.

Thompson
muebles Ltda.

FLORIDA 833 BA.

UT. 6400 AV.